

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 407

Barcelona, 15 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

...en política
exteriorelnue-
vo Gobierno

francés no podrá en-
tregarse a diversiones
estratégicas estilo Del-
bos; va en ello su se-
guridad territorial.

(Del artículo: "La gran tarea del
nuevo Gobierno francés").

NOTA INTERNACIONAL

La gran tarea del nuevo Gobierno francés

Saludemos en el nuevo Gobierno francés a la gran Francia democrática que en el momento más grave de la política europea, tiende a llevar a cabo una obra de resolución y de firmeza. El Ministerio de «Unión Nacional» que preconizaba en principio el jefe socialista, no ha podido realizarse; en el terreno de las realidades era imposible constituirlo, porque hay ideas que necesariamente se mantienen irreconciliables aun en los instantes más críticos de la historia de un pueblo. Tampoco fué hacedero un Gobierno de Frente Popular, que tendría la ventaja de reflejar fielmente la voluntad mayoritaria de la nación. De todos modos, los dos grandes partidos que encabezan ese Frente, el Socialista y el Radicalsocialista, forman la base del Ministerio y dan a éste una solidez ideológica y parlamentaria que hará posible una labor fecunda.

Graves son las tareas de este Gobierno. En medio de una Europa que escucha ya las explosiones de la guerra, Blum, Daladier, Boncour, quieren defender la paz. Defenderla sin que padezca la seguridad de Francia, sin que zozobren los principios vitales de la democracia, amenazados cada día con gesto más apremiante por los Estados totalitarios. Desde el primer Gobierno Blum, las cosas han cambiado enormemente. El jefe socialista, cuya inteligencia corre parejas con su sinceridad, habrá aprovechado las experiencias de estos últimos tiempos y estará convencido de que la paz no se asegura con la claudicación y el convencionalismo diplomático. Fiel a sus sentimientos de hombre de Derecho y a su espíritu rectilíneo que busca la razón y la verdad incluso en el adversario, practicó una política de pausa, de ductilidad peligrosa en el orden exterior. Los españoles no olvidamos que fué un Gobierno Blum el que tomó la iniciativa de la No Intervención; pero sabemos también que el jefe socialista no es hombre que se abraza indisolublemente a sus propios errores. La rectificación es lo que distingue al gran político del politiquillo mezquino y fanático que considera hallarse constantemente en posesión de la verdad. Sabemos que León Blum declaró después, aun cuando lo hiciese en privado, que la No Intervención había fracasado y que las dificultades posteriores de la política europea sobrevinieron por no haberle liquidado a tiempo tal política.

El nombre de Paul Boncour en Negocios Extranjeros, es un buen síntoma de que el Quai d'Orsay va

a cambiar de rumbo. Delbos representaba la vacilación, el temor, la política de vuelo corto, la retórica diplomática sustituyendo a las soluciones eficaces. Boncour es un buen amigo de la República española y un demócrata de tipo moderno que une a su preparación política una gran firmeza ideológica. ¿Somos demasiado optimistas si pensamos que este nombre compromete al Gobierno francés a un cambio de procedimientos en la política internacional? Es evidente que la «técnica» de Delbos ha fracasado en todos los problemas. No basta permanecer leal a la Sociedad de Naciones si se siente que ésta, en vez de afrontar las cuestiones con gallardía, las elude habilidosamente desacreditándose a sí misma y a las fórmulas democráticas. El caso de España, el de China, el de Austria, tres manifestaciones del sistema de guerras parciales escogido por los agresores para inclinar a su favor la balanza, hacen indispensable una política enérgica que salvaguarde efectivamente la paz y mantenga el equilibrio europeo. La política desastrosa de los Gobiernos anteriores en materia internacional, han llevado a Francia a una situación de inferioridad estratégica que necesita enmendar con urgencia. Hitler ha dicho que no acepta otra España que una España «nacionalista», es decir, un aliado incondicional suyo. Acaba de extender su dictadura a Austria y amenaza Checoslovaquia. Tiene medios para interrumpir las comunicaciones coloniales francesas. Sus ataques no van dirigidos contra los países que de momento los sufren, sino contra las grandes potencias democráticas cuyo aniquilamiento anuncia en el «Main Kampf». «Gobiernen en Francia—ha dicho—los comunistas o los monárquicos, será siempre la enemiga de Alemania».

Ya se ha visto que las palabras de Hitler van siendo acompañados de los hechos. Por eso en política exterior el nuevo Gobierno francés no podrá entregarse a diversiones estratégicas estilo Delbos; va en ello su seguridad territorial. Y en el interior tendrá que acomodar las necesidades políticas de los grupos, a las exigencias de su posición internacional, cada día más delicada. Salvar a Francia es salvar la paz que ya ha sido alterada; esa gran tarea sólo puede realizarse con una acción tan vigorosa que haga imposible el éxito de los nuevos golpes de mano que preparan los agresores.

El coronel Herrera, a quien la "quinta columna" atribuía tratos con Mussolini, en la Casa de Campo

(De uno de nuestros corresponsales en Madrid)

Tarde llena de sol madrileño en la Casa de Campo. Por dondequiera que la vista se extiende, se advierte la presencia de soldados de la libertad que, indiferentes al peligro constante que se cierne sobre ellos, forman grupos, pasean, fuman o leen, mientras, no obstante la calma aparente, suenan intermitentes detonaciones, inconfundibles para estos muchachos, acostumbrados al silbido de las balas y al estallido de los proyectiles que a todas horas lanzan sobre Madrid y sus defensores los obuses.

Era maravilloso el espíritu de

estos soldados. Nadie imaginaria, viéndolos ir de un lado a otro o agruparse en el bar, sentados cómodamente en torno a una mesa, o leer sosegadamente cualquiera de los libros pertenecientes a la biblioteca creada para los bravos muchachos que defienden este sector—verdadero pulmón de Madrid—, que el enemigo está en acecho constante a una distancia que, en determinados puntos de las líneas avanzadas, no es mayor de doce metros.

Esta tarde ha venido a visitar la Casa de Campo el coronel Herrera, bien conocido por sus desvelos en favor de la aviación y sus trabajos científicos al servicio de los progresos de la Aero-

náutica. Como se recordará, al sobrevenir el movimiento subversivo, Herrera estaba dando los últimos toques a una empresa científica de alto bordo, para la que había encontrado las máximas aquiescencias oficiales. Nos referimos a su proyectado vuelo a la estratosfera, del que esperaba obtener óptimos resultados.

Hace algunos meses la «quinta columna», preocupada de dar la impresión que a sus fines interesa, propaló una noticia que encontró eco en determinadas agencias de información extranjera, según la cual Herrera se había entrevistado en Roma con Mussolini, de quien había recibido

Un manifiesto de los universitarios belgas en favor de la España republicana

Bruselas, 11.—Los universitarios belgas acaban de lanzar un llamamiento en favor del Comité de Coordinación de la ayuda a la España republicana.

Dice, especialmente:

«Ninguno de los firmantes toma parte activa en las deliberaciones políticas de Bélgica. A fortiori, habrían preferido en principio, abstenerse de hacer cualquier manifestación con motivo de la guerra civil de España.

Si se deciden a alzar hoy su voz, es por la indignación que les producen los ataques, cada vez más crueles, realizados desde el mar y desde el aire, por las fuerzas rebeldes y sus aliados, contra la población leal de España. Tienden a su vez a sembrar en ella el terror y a condenarla al hambre por medio de la suspensión o el retraso de las comunicaciones. A lo que parece, piensan obligar con ello a las masas a sacrificar sus convicciones y su libertad para librarse del exterminio.»

(«La Dépêche», Toulouse, 12-III-1938.)

¿Se van a cerrar las Universidades de Alemania?

La prestigiosa revista médica «The Journal of the American Medical Association», hace unas manifestaciones que desmienten el supuesto progreso de la ciencia y de la técnica en el Tercer Reich. Entre otras cosas, dice:

«Circula con insistencia el rumor de que, uno de estos días se cerrarán algunas Universidades a causa de que decrece sin cesar el número de alumnos.»

La revista cita como ejemplo la gran disminución de odontólogos. Asimismo se advierte la falta de ingenieros, cuyo número ha disminuido en cinco mil.

Es significativo el hecho de que el médico nacionalsocialista, doctor Cantí, se ha quejado recientemente de la escasez de personal médico en los hospitales de Berlín. Esto es debido, en parte, a la expulsión de los doctores judíos y también a la avalancha de médicos jóvenes que se han enrolado en el ejército y en los servicios de trabajo forzoso.

La misma revista traduce un artículo del nacionalsocialista doctor Hauch, publicado en «Der Viejahresplan», en el cual se dan detalles de la privación del estudio de textos extranjeros a los estudiantes alemanes.

(«Pariser Tageszeitung», 10-III-1938.)

«estímulos» económicos para trabajar en servicio del fascismo invasor. Una vez más, se perseguía la finalidad de presentar a la República española divorciada de sus hombres de ciencia. Pero en la presente ocasión, como en otras muchas, la maniobra quedó frustrada merced a la fuerza irresistible de la verdad.

El coronel Herrera, al sobrevenir la rebelión de julio, se hallaba en Santander, con otros muchos oficiales ocupados en la realización de experiencias encaminadas al logro de su proyectada ascensión a la estratosfera. Inmediatamente de conocida la sublevación, el coronel Herrera se puso a disposición de la autoridad militar competente. Y allí siguió hasta llegar el momento de abandonar a Santander; pero en ocasión de que ya no era posible marchar a territorio dominado por el Gobierno de la República si no era penetrando primero en Francia, para, desde la nación vecina, poder entrar en España por Cataluña.

Antes de salir de Santander, Herrera y los militares que acompañaban, dieron su palabra de honor de reintegrarse a la España republicana. Ya en Francia, alguien de mentalidad fas-

cista planteó la siguiente cuestión: «Bueno; y nosotros, ¿a qué lado de España nos vamos?»

Los 200 hombres a quienes se hacía esta pregunta guardaron un silencio embarazoso, silencio que fué roto por la voz de Herrera, que, sencillamente—con la sencillez que caracteriza a las grandes verdades—, replicó:

—Por mi parte, considero ociosa la pregunta. Todos hemos dado nuestras palabras de honor a las autoridades legítimas de España. Por tanto, lo único que tenemos que hacer es ponernos a disposición del Gobierno.

Los tibios y los vacilantes callaron avergonzados. Los francamente adversos a la República ya sabían que al lado del coronel Herrera nada tenían que hacer. Pero la mayoría de aquellos 200 hombres—digámoslo en honor suyo—se apresuró a expresar su conformidad con lo dicho por Herrera.

Pasados unos días, todos los leales estaban de nuevo en España, en la única España digna, por ahora, de este nombre. En Francia quedaban unos traidores en espera de poder entrar en la otra porción de España, vendida

(Continúa en la pág. siguiente.)

por la facción a Hitler y Mussolini.

Con la llegada del coronel Herrera a territorio leal y su incorporación al servicio que le fué designado, se aclaraba el espíritu de lealtad del caballeroso jefe. Pero por si esto no fuera bastante, hay también la circunstancia dolorosa del luto de Herrera, motivado por la pérdida de un hijo, piloto de Aviación, muerto en un combate aéreo contra los mercenarios del crimen que surcan el espacio al servicio de la traición.

Ahora, en la tarde soleada, Herrera recorre estas trincheras admirables de la Casa de Campo que traen a su memoria las contempladas en la Gran Guerra, sin que las nuestras desmerezcan en nada al ser comparadas con aquéllas. Sus recuerdos de la tremenda contienda que arruinó a Europa, se avivan en estos instantes. Sus palabras, serenas, proyectan luz hoy sobre diversos aspectos de la guerra que sostiene la República contra tres naciones y media. Son maravillosas estas trincheras que

vamos recorriendo, algunas de ellas ganadas bravamente al enemigo en sucesivos y dramáticos «golpes» de mano.

Por encima de nosotros silba, de vez en cuando, una bala suelta, que va a perderse a lo lejos sin cumplir, por fortuna, la misión mortífera para que fué creada. En el horizonte, Madrid se recorta, inaccesible para los traidores, que jadean, impotentes, a su vista. Contemplado desde la Casa de Campo, Madrid semeja un inmenso tapiz goyesco extendido a la orilla del río.

Con visión clara y resolución viril podríamos, sin duda, reconstruir la ciudadela de la paz.

El profesor Lyon Bleare, que presidía, leyó un mensaje de miss Eleanor Rathbone, perteneciente a la Cámara de los Comunes, que no pudo asistir. Dice así:

«A menos que la opinión pública se muestre lo suficientemente fuerte para impedirlo, la política en que se ha embarcado el Primer Ministro puede conducir no sólo a la destrucción de la Sociedad de Naciones como instrumento de seguridad colectiva, sino a que la nación británica tenga eventualmente que escoger entre dos alternativas: o continuar cediendo, paso a paso, al «chantage», hasta que quedemos a la altura de una potencia de tercera categoría, o vernos obligados algún día a resistir y luchar, quizás en un momento en que el egoísmo de nuestra anterior política nos haya dejado abandonados de todos y tengamos que combatir solos.»

Se aprobó después una resolución, haciendo constar la gran intranquilidad causada en el país y en todas las naciones democráticas por la dimisión de mister Eden y de Lord Cranborne y por algunos párrafos de los discursos del Primer Ministro a ese respecto. Reafirma también la convicción de que la guerra de agresión es un crimen internacional y dice que es deber de todos los miembros de la Sociedad de Naciones contribuir, por todos los medios posibles y efectivos, a evitar la guerra o a hacer que termine. Se pidió a la Unión pro Sociedad de Naciones que una a la opinión pública en la defensa de los principios del Covenant.

(The Manchester Guardian, 10-III-1938.

La más grande Alemania de Tannenberg o la foma de Viena por Hitler

Hemos leído unos extractos telegráficos de la prensa de Estocolmo. Son reveladores. Todos los diarios de la capital de Suecia, desde los más conservadores a los socialistas, formulan la misma interrogación. ¿Qué garantía tendrán ya las naciones pequeñas de Europa, de que no serán invadidas y anexionadas o mediatizadas, después del hecho consumado de Austria?

Días pasados, releíamos un libro muy curioso, que años antes de la Gran Guerra fué calificado de Biblia del Pangermanismo. Aludimos a la famosa, en su tiempo, obra de Tannenberg, *La más grande Alemania*.

La más grande Alemania, debía englobar, según dicho autor, casi toda Europa. Porque son germanos o parientes étnicos de los germanos, según dicho autor también, los austriacos, los holandeses, la mitad de los belgas, los alsacianos, los franceses de la Flandes francesa, la mitad de los suizos, los suecos, los noruegos, los daneses, los estonios, los letones, muchos polacos, la mayoría de los búlgaros y no pocos magyares. La más grande Alemania debe abarcar un inmenso imperio que cubra desde Finlandia al Canal de la Mancha, comprendiendo la Escandinavia y las islas del Báltico, todo el Centro de Europa, hasta el Norte de Italia y todo el Sudeste, incluso los Balcanes. Allí donde no haya anexión completa, deberá haber subordinación política. Por ejemplo: Polonia, Checoslovaquia y Hungría, Yugoslavia y Bulgaria, y también Rumanía, serían Estados vasallos de Berlín, satélites que girarían en torno del gran astro.

Tannenberg escribía cuando era aún una realidad poderosa el imperio de los Hapsburgos. Pero ya anunciaba el derrumbamiento de la Doble Monarquía, que tuvo por divisa el *Viribus Unitis*. Y declaraba heredera de ella a la Alemania «kolosal» y prolífica, la de las espadas aguzadas y la pólvora seca, la que había hecho siguiendo a Prusia, su madre, su industria nacional de la guerra provechosa.

¿Sueños? ¿Delirios? No. Véase lo ocurrido en Austria. Hitler ha robado la independencia a este país, independencia que era considerada como la clave del equilibrio europeo, con los mismos procedimientos con que un apache roba la cartera en una encrucijada a un inofensivo transeúnte.

El libro de Tannenberg es el verdadero programa del hitlerismo. ¿A quién el turno? ¿A los checoslovacos? Pero acaso los franceses no tienen un millón de alsacianos que hablan alemán? ¿Acaso los holandeses no son bajo-alemanes según los profesores de Gotinga? ¿Acaso los belgas no se anexionaron Eupen y Malméd y no hablan cuatro millones de ellos el *Elamand*, dialecto germánico? ¿Acaso la mayoría de los cantores suizos no usan, como propia, la lengua alemana? ¿Acaso los bálticos, desde Riga a Guemel, no son medio prusianos? ¿Acaso los escandinavos no tuvieron por dios a Oddno?

Dícese que Francia e Inglaterra pidieron apoyo a Italia para defender a Austria y que Mussolini se negó, alegando que aprobaba el golpe de mano de Hitler. Italia—o su *duce*—no sólo ha cometido una traición contra la latinidad, sino que ha abierto al enemigo las puertas de su hogar patrio. En vez de austriacos inofensivos, tiene guarniciones alemanas en la frontera tiroleña. El gibelino monta la guardia delante del güelfo. Pronto lo invadirá a sangre y fuego, como tantas otras veces en la Historia. Pero en esta ocasión, será justicia. Que el traidor no es menester y sí es despreciable, cuando es pasada la traición.

¡La más grande Alemania de Tannenberg! Un imperio gigantesco, unitario, jerarquizado, un cuártel monstruoso, de 130 millones de seres humanos, sometidos a una atroz disciplina, a una esclavitud moral y material sin antecedentes en la Historia... A eso vamos. Hasta ahora, la pobre España casi inerte es la única nación que se opone a que sea un hecho tal horror...

¿Qué es la «fuerza moral»?

El ataque de Lord Cecil a la nueva política del Gobierno

En una reunión efectuada anoche en el «Stadium», de Liverpool, organizada por la Unión pro S. de N. como protesta contra la política internacional del Gobierno, hablaron Lord Cecil y mister Vyvyan Adams, ambos diputados conservadores.

Lord Cecil dijo que lo que se discute es si vamos o no a conservar viva a la S. de N.—única defensa que realmente tenemos contra la guerra—, la cual, si sucumbiera, arrastrara en su destrucción a toda la civilización europea. La actual política del Gobierno es algo completamente nuevo. Tal como él la entiende, significa el abandono de toda esperanza de seguridad colectiva. El Primer Ministro no se propone suprimir el artículo 16 del Covenant; lo mantendrá, pero no se aplicará. Esto es establecer un precedente peligroso en la manera de interpretar los Tratados. Mientras exista ese Tratado, estamos obligados por el honor y por la ley a cumplir sus disposiciones.

«Vivimos en la incertidumbre y en la duda con respecto a cuál es la verdadera y definitiva política del Gobierno—añadió—, y

es absolutamente esencial que las naciones del mundo la conozcan para que sepan hasta qué punto pueden confiar en nosotros y qué pueden creer que vamos a hacer.

¿Qué es esta nueva política de fuerza moral? ¿Cómo va la Sociedad de Naciones a ejercerla? ¿Espera el Gobierno conseguir la paz con una política que se limita a tomar acuerdos en los que se desafiaba lo que otros están haciendo? Me parece, para decirlo de una manera suave, absolutamente improbable refrenar a las naciones militaristas, ya en Asia, ya en Europa, con sólo aprobar resoluciones.»

El Primer Ministro dijo que no tomaría ninguna iniciativa con respecto a los acontecimientos de Austria. Si, en efecto, hubiera algo de verdad en eso de la fuerza moral, habría pensado, que el caso austriaco es ideal para ejercerla si algo habría de hacerse para impedir la invasión.

«A menos de que podamos crear un gran organismo internacional para mantener la paz, estamos destinados a volver a caer en las mismas dificultades y peligros que dieron como re-

sultado la guerra de 1914. La alternativa política, que no es nada nuevo, es el cumplimiento de nuestras obligaciones emanantes del Covenant de la S. de N.»

Durante diez u once años la Sociedad de Naciones actuó con buen éxito y siempre que ha fracasado ha sido porque las naciones, en particular las grandes potencias, no han tenido el valor de reconocer que el mecanismo de la institución ginebrina no funcionaba bien. Si esta nueva política del Gobierno se realizara, significaría la desaparición de todo el mecanismo pacificador de la S. de N. ¿Vamos a abandonar el organismo internacional más importante que ha conocido la historia por obedecer a un concepto totalmente erróneo de la situación? Antes de que se dé este paso decisivo se debe consultar al pueblo de este país.»

Mr. Vyvyan dijo que apoyar a mister Eden no significa la intervención en España, así como tampoco implica pacifismo, desarme unilateral o política acomodaticia con respecto al Gobierno «nazi». Abandonar a la Sociedad de Naciones sería descorazonador y, sobre todo, loco y suicida.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

Los moros en Aragón

En uno de los últimos comunicados de Franco, relativos a la batalla de Aragón, se elogia a las «magníficas tropas nacionalistas». Y a continuación se alude especialmente a las hazañas de un cuerpo formado exclusivamente por moros de Marruecos.

Las «magníficas tropas nacionalistas» del franquismo, son, pues, extranjeras, mercenarias y en gran parte de raza africana. Y esas fuerzas se batan contra fuerzas constituídas por españoles solamente. ¿Dónde se halla su nacionalismo y su hispanismo? ¿Qué causa propia defienden? ¿Qué ideal es el suyo? ¿Qué importa a un cabileño del Rif, o de Yebala, o del Gran Atlas, o de la Mauritania, o a un senegalés, que en España gobierne o no la República? Les alistaron dándoles una prima de un puñado de duros. Les prometieron paga abundante, buena comida, mujeres guapas y botín seguro y fácil. Esos fueron los estímulos que les empujaron al enrolamiento. Esos y, cuando más, la presión de un caud vendido a Franco y que cobraba unas monedas de plata por cada recluta que proporcionaba a los rebeldes.

Diariamente nos llegan por Gibraltar largas y excelentes informaciones del transporte de soldados de Africa a España. De Ceuta y de Melilla zarpan constantemente navíos que traen a la Península nueva carne de cañón, mora en su mayoría. Pero desde hace algún tiempo, menudean los desembarcos de indígenas proporcionados por Mussolini a Franco. Son, como se sabe, libios, eritreos, somalíes, abisinios del Alto Ogaden. Salieron de Trípoli, de Bengashí, de Tobruk, de Massanah, de Mogadiscio. Los encuadran oficiales

italianos. Y Franco forma con ellos y con los tabores de los llamados regulares, brigadas, divisiones y hasta cuerpos de ejército. En los comunicados de Salamanca a que aludimos más arriba, se cita el cuerpo de ejército marroquí. Un cuerpo de ejército se compone, ordinariamente, de dos divisiones y a veces de tres. Cada división, de dos brigadas. Cada brigada, de dos regimientos. Por lo tanto, según confesión de Franco mismo, pasan de 20.000 los africanos que toman parte activa—parte de vanguardia—en la batalla de Aragón. Unase a ellos, por lo menos, tres divisiones italianas—*Flechas Negras, Flechas Rojas y Flechas Azules*—y se llega a una cifra de 50.000 extranjeros en los solos contingentes de la actual ofensiva.

Hay más, desde luego, en Aragón. ¿Y el Tercio? ¿Y los aviadores? ¿Y los artilleros? ¿Y los conductores de carros de asalto?

España lucha contra una monstruosa invasión exótica. Por tierra, mar y aire, la atacan, acosan o hieren enemigos que no hablan su lengua, ni pertenecen a su raza. Y a esa macedonia de condottieros de todas layas, denominan Franco y los suyos Ejército Nacional Español...

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

nos dentro; aguardaron en vano; las ejecuciones se hacían de noche.

En los cafés de Sevilla se destacaban dos letrados: uno prohibiendo hablar de política; el otro pidiendo voluntarios para la milicia nacional, con un sueldo de tres pesetas diarias. (En Portugal se prometía a los voluntarios de doce a quince pesetas.) Tuve la oportunidad de ver durante una hora cómo trabajaba una oficina de reclutamiento. No se presentaron más que unos treinta candidatos. Primero les preguntaban si sabían leer y escribir. Alinearon aparte a los analfabetos; en total unos diez, y la mitad de ellos fueron admitidos. (Eran casi todos jornaleros y campesinos.) De los letrados sólo admitieron a un muchacho del campo; el resto fué rechazado. La comisión encargada del reclutamiento, tenía orden de rechazar a todos los sospechosos, entendiendo por esto a los comerciantes, los sin empleo, los que usan gafas y los labradores con ese «algo» indefinible que indica ideas revolucionarias. Los oficiales reclutadores, y más aún los coroneles, sabían descubrir ese «algo».

Durante una hora los vi practicar este sistema; gracias a él, en toda la mañana y entre la ridícula cifra de treinta candidatos, sólo se aceptaron cinco. Andalucía es una región muy pobre, con contrastes sociales de una intensidad medioeval y de cada dos personas, una suele tener ese «algo» en la mirada.

Ahora llegamos al problema capital de los rebeldes: su carencia de hombres. Franco y sus generales no podían realizar ninguna movilización importante; sabían que las masas les eran hostiles; que todas las armas puestas a la fuerza en manos de los campesinos andaluces y extremeños, podían volverse contra ellos a la primera ocasión. El Ejército español no fué nunca un Ejército del pueblo; como veremos más adelante, siempre hubo en él un número de oficiales excesivo y desproporcionado, característica que se ha ido intensificando en el transcurso de la guerra civil. Tras un año de guerra, los moros (que se calculan en unos 80.000), los italianos (alrededor de los 100.000) y los legionarios, constituyen la médula de la infantería en el ejército de Franco. Luego vienen, según su fuerza numérica, las formaciones políticas: Falange Española y los requetés. La infantería española regular, es la última entre las tropas de Franco.

Esta ausencia del «hombre», ha sido más que compensada desde el punto de vista estratégico por el acopio del más moderno material bélico importado del extranjero. El 15 de julio de 1937, casi al año de estallar la guerra, el «Daily Telegraph», escribía:

«El general Franco continúa amparándose en unas fuerzas relativamente escasas, protegidas por un exceso de armamento. En ciertos lugares se ha calculado una ametralladora por cada cuatro hombres. Quizás se exagere. Sin embargo, los rebeldes poseen un número de ametralladoras enorme en relación con sus efectivos.»

Mi estancia en la capital andaluza, fué instructiva y breve. Mi deporte favorito allí consistió en seguirle la pista a los aviadores alemanes; es decir, a las importaciones secretas de aparatos y pilotos que ya entonces estaban en auge, pero no tan a la vista como ahora. En aquel tiempo, la diplomacia europea celebraba su luna de miel con el Pacto de No Intervención. Hitler negaba que hubiese mandado aviones a España y Franco negaba haberlos recibido, mientras que ante mis ojos, vi las pruebas de lo contrario: los rubios y gruesos pilotos alemanes, consumían extraordinarias cantidades de pescado frito y con sus monóculos y encalados leían el «Wölkischer Beobachter».

El 28 de agosto de 1936, a la hora del almuerzo, se hallaban en el Cristina cuatro de estos señores. El Cristina era el hotel que según el portero del mío, estaba lleno de oficiales alemanes y al cual no era prudente ir, porque todo extranjero corría allí el peligro de ser tomado por espía.

A pesar de todo, allí estuve. Eran, como dije, las dos de la tarde. Cuando entré en el

comedor, los cuatro pilotos estaban sentados bebiendo «sherry». El pescado vino luego. Su uniforme era el mono blanco de los aviadores españoles; en el pecho llevaban bordadas dos alas con una pequeña svástica en un círculo (una svástica en un círculo es el emblema «distintivo» del partido nacionalsocialista alemán).

A más de los cuatro hombres uniformados, otro caballero se sentaba a la misma mesa. Me daba la espalda y no pude verle el rostro.

Me senté unas mesas más allá. Una cara nueva en un comedor ocupado por oficiales, crea siempre algo de agitación en época de guerra civil. Podía asegurar que los cinco hombres me estaban discutiendo. Después de un rato, el que me daba la espalda se levantó, viniendo hacia mí con aire de afectada indiferencia. Por lo visto le habían mandado «de reconocimiento». Cuando pasó por mi mesa aparté los ojos de mi periódico y volví a esconderme tras él más que a prisa. Pero fué inútil; el hombre me había reconocido, como yo le había reconocido a él. Era Herr Strindberg, el hijo sin importancia del gran Augusto Strindberg. Era periodista nazi y corresponsal de guerra del grupo «Ullstein» en España.

No pudo ser más desagradable mi sorpresa. Conocí a este hombre hacía años en Alemania, cuando Hitler «llamaba aún a la puerta» y él mismo era un apasionado demócrata. Entonces yo estaba en la editorial del grupo «Ullstein» y su despacho estaba tres puertas más allá del mío. Luego Hitler vino al Poder y Strindberg se hizo nazi. No volvimos a vernos, pero él estaba muy al tanto de mis ideas y mis convicciones políticas. Sabía que yo era un incorregible liberal de izquierdas y esto era suficiente para acusarme. Mi aparición en aquella guarida de aviadores nazis debió de parecerle doblemente sospechosa, pues ignoraba que yo estuviera en Sevilla por cuenta de un periódico inglés.

Se portó como si no me conociera; yo hice lo mismo. Volvió a su mesa y empezó a informar a sus amigos, cuchicheando agitadamente. Los cinco hombres apiñaron sus cabezas. A esto siguió una estratégica maniobra; dos de los aviadores se dirigieron hacia la puerta—por lo visto para cortar mi retirada; el tercero fué a la portería y telefoneó a la policía indudablemente; el cuarto piloto y Strindberg se paseaban arriba y abajo por la habitación.

Yo me sentía cada vez más molesto, y esperaba de un momento a otro que la policía viniera a buscarme. Pensé que lo mejor sería hacerme el tonto y levantándome grité por encima de las mesas con mal fingido asombro:

—Hola, ¿no es usted Strindberg?

Palideció muy azorado, pues no contaba con mi frescura.

—Dispense, pero estoy hablando con estos caballeros—contestó.

Si hubiera tenido duda, su conducta me declaraba implícitamente que ese tipo acababa de denunciarme. «Bien, pensé, lo único que puede sacarme de este trance es la osadía.» Le pregunté en voz alta y en el tono más arrogante que pude, las razones que tenía para no estrechar mi mano.

Esto le descompuso, dejándole boquiabierto. En ese instante su amigo el cuarto piloto, entró en juego. Con una rígida inclinación de cabeza, se nombró, von Bernhardt, pidiéndome mis papeles. Todo esto fué hablado en alemán. Pregunté a von Bernhardt con qué derecho un extranjero me exigía los papeles. Contestó que como oficial del Ejército español tenía el derecho a examinar los papeles de todos los «sospechosos».

Si no hubiera estado tan nervioso, habría cogido esta manifestación como una magnífica presa. El que un hombre con la svástica sobre el pecho, declarara en alemán que pertenecía al Ejército de Franco, era un bocado exquisito para el Comité de No Intervención.

Me limité a afirmar que no era un sospechoso, sino un corresponsal acreditado del «News Chronicle» de Londres, que el capitán Bolin lo confirmaría y que me negaba a enseñar mis papeles.

Cuando Strindberg me oyó nombrar al

«News Chronicle», hizo algo completamente fuera del lugar; se rascó la cabeza. Herr von Bernhardt, ante el cariz que tomaba el asunto, empezó también a sentirse molesto, batiéndose en retirada. Seguimos discutiendo un rato hasta que el capitán Bolin entró en el hotel. Me precipité hacia él, exigiéndole que los otros me presentaran excusas, pensando que el ataque sería mi mejor defensa y decidido a impedir que Strindberg hablara. Bolin, sorprendido ante aquella escena, declaró indignado que nada tenía que ver con el asunto y que en tiempo de guerra le importaba un bledo que dos personas se dieran o no la mano.

Mientras, llegó la Guardia civil con bayonetas caladas y ademán bélico para detener al «sospechoso». Bolin, furioso, les mandó al diablo y se fueron.

Salí más que a prisa de aquel endemoniado hotel Cristina. Llegué al mío y me puse a hacer las maletas precipitadamente. Estaba terminando, cuando un colega francés subió a mi cuarto para aconsejarme en secreto que marchara a Gibraltar lo antes posible. Era el portavoz de una autoridad; pero se negó a nombrarla. Sólo dijo que se había enterado de todo el lío y que la cosa podía ponerse muy fea para mí.

Ocho horas más tarde me hallaba en Gibraltar. Veinticuatro horas después supe que se había ordenado mi detención en Sevilla. Al fin, Strindberg se salió con la suya. «Me importa poco—pensé—, Sevilla no volverá a pescarme». En eso estaba equivocado.

Los héroes del Alcázar

«Se llamaban a sí mismos los sucesores del Cid. Eludían la ira del pueblo escondiéndose tras las falda de las mujeres secuestradas por ellos y amparándose en los niños que habían raptado.»

ILYA EHRENBURG, «Toledo».

El 18 de julio de 1936, estalló la sublevación militar en Toledo. Mandaba las tropas rebeldes el coronel Moscardó, comandante de la guarnición acuartelada en el Alcázar. Durante tres días se luchó en las calles y el 22 de julio, las tropas gubernamentales y las milicias lograron dominar la ciudad. Los rebeldes se hicieron fuertes en el Alcázar y comenzó el sitio.

En un principio, el Gobierno de Madrid no le dio demasiada importancia a este episodio. El comandante de las tropas leales en el sector de Toledo, general Riquelme, llamó por teléfono a Moscardó. (La línea telefónica entre la ciudad y el Alcázar, seguía funcionando y desempeñó un extraño papel en todo este asunto.) El general Riquelme intimó a Moscardó para que no persistiera en su locura, rindiéndose a tiempo. No estaban en la Edad Media, ni eran señores feudales que defendían su fortaleza.

Moscardó replicó que tenía municiones suficientes para sostenerse en el Alcázar hasta el completo triunfo de la sublevación.

—Pero nosotros podemos volar el Alcázar—contestó Riquelme en un tono más humorístico que belicoso. Se resistía a creer que en pleno siglo XX, un jefe con toda la responsabilidad que le daba su alta graduación, se embarcara en la inaudita aventura de defender una fortaleza árabe contra la aviación y la artillería modernas. Hasta el final de su breve diálogo no se dió cuenta exacta de la situación. Antes de colgar el receptor, Moscardó dijo como de paso: «Por cierto, vuestras mujeres os mandan recuerdos».

La tarde de ese mismo día, cuando los milicianos regresaron a sus hogares, después de luchar tres días sin interrupción, corrió como la pólvora la noticia de que los rebeldes se habían apoderado de las mujeres y los niños en los barrios que ocupaban—eran principalmente barrios obreros—, llevándolos al Alcázar.

Durante los meses siguientes, el mundo entero tuvo puestos los ojos en los episodios que se desarrollaban en torno al Alcázar. Se figu-

raba que estaba presenciando una heroica saga de los tiempos modernos, cuando en realidad el drama que se desenvolvía ante él, era la más descabellada hazaña de gansters que se ha conocido. Aquellos secuestradores de mujeres y niños fueron elevados a la categoría de héroes de leyenda y los «Cadetes del Alcázar» se convirtieron en un símbolo del levantamiento nacionalista. Nunca había llegado antes a semejante altura la técnica de la propaganda moderna.

La historia ha tenido desde tiempo inmemorial la afición de crear mitos; los historiadores sectarios han explotado hábil y concienzudamente la sed de leyendas de las masas. Recuérdese la canonización de aventureros como Schlageter y Horst Wessel. La historia del sitio del Alcázar, que por suerte podemos aún reconstruir en todos sus detalles—dentro de un año o dos esto ya no sería posible y la realidad se desvanecería para siempre entre la niebla legendaria—, nos proporciona la rara oportunidad de pescar a los falseadores de la historia, y a los fabricantes de mitos, «in flagrante delicto».

Reproduzco el testimonio jurado de Antonia Pérez Corroto, tabernera, domiciliada en la calle de las Sierpes, 6, Toledo, que fué conducida como rehén al Alcázar y que logró escaparse al décimo día del sitio:

«Hasta las doce de la mañana del jueves que siguió a la sublevación, hubo bastante tranquilidad en Toledo. La tarde de ese día, los rebeldes reanudaron la lucha y fueron derrotados hasta en sus más fuertes posiciones. El viernes, los nacionalistas, viéndose perdidos, decidieron refugiarse en el Alcázar. Cincuenta rebeldes al mando de un capitán, irrumpieron en las casas llevándose a las mujeres ocupadas pacíficamente en sus tareas domésticas.

El viernes a las doce, estaba yo en mi taberna cuando entraron varios fascistas vestidos de paisano, ordenándome que les diera toda la comida que me quedaba. No tuve más remedio que obedecer. «Has de encontrarnos comida—me dijo mofándose, un oficial. Luego me sacaron de la tienda con mi hija y mis dos pequeños que tenían respectivamente, tres años y trece meses. Nos llevaron al Alcázar. Preguntamos qué significaba aquello, pero no recibimos respuesta alguna. Pensamos que eran medidas de seguridad o relacionadas con la evacuación. No podíamos imaginarnos lo que realmente ocurría. Cuando entrábamos en el patio de la fortaleza, los aviones gubernamentales volaban sobre el edificio. Un oficial de la Guardia civil nos ordenó que bajáramos al sótano. Allí apenas se veía. Le pedí a la mujer de un oficial un poco de agua para mis hijos. «Aquí no hay agua para vosotros», me contestó. «Siquiera un pedazo de pan», rogué. «No hay pan para ti», fué la respuesta. Desde el primer día quisieron humillarnos. A la mañana siguiente nos racionaron la comida. El Alcázar estaba lleno de fascistas de Toledo; había unos ochocientos guardias civiles, doscientos oficiales y cadetes, doscientos falangistas y fascistas de paisano, y cuatrocientas mujeres y niños, incluyendo a los rehenes. Ese mismo día nos esposaron. Mi hija estaba tan aterrada, que no pudo comer. Era horrible verla. Los oficiales comían una especie de pan ordinario y negro. Pedí hablar con el jefe; me llevaron a él. «Eres de esa gente que está siempre quejándose». «No, soy una pobre mujer que está viendo morir a su hija. Déjeme salir. Soy inocente». «Nadie saldrá de aquí mientras yo viva», me contestó. Me tiré al suelo llorando y tuvieron que sacarme a ras-tras de la habitación.

Estuve presa en el Alcázar diez días. Mi hija y yo teníamos permiso para pasear todas las mañanas un cuarto de hora en el patio interior, donde había montones de caballos muertos que exhalaban un hedor insoportable. Varios soldados y guardias civiles, cuando se agotaron las provisiones de carne fresca empezaron a comerse las carroñas. A consecuencia de esto, algunos murieron.

Los oficiales rebeldes organizaron la defensa de la fortaleza. La guardia de las torres se

(Continuará)

La sombra del fascismo sobre Túnez

COMO SE FORMAN LOS NUEVOS FASCISTAS. BAÑOS DE MILITARISMO EN ITALIA, PARA LOS NIÑOS DE LAS ESCUELAS ITALIANAS DE TÚNEZ

¡Curiosa moda! Para las niñas, delantales de algodón azul con dibujos de pequeñas golondrinas; para los muchachos, los mismos delantales, con estrellas y banderas.

Mi compañera—dice Magdelaine Paz, autora de estos reportajes—se impacienta ante mis exclamaciones y consideraciones.

—Esto no es una moda—me contesta—; es obligatorio para cuantos niños asisten a las escuelas italianas.

—¿Es que esto es lo que distingue a los niños fascistas de los que no lo son?

—¡Si no hubiera más que eso! La que habla es institutriz. Siempre ha vivido entre niños y por este motivo, ha podido seguir de cerca la evolución operada en la escuela italiana desde la intromisión del fascismo en Túnez.

—El carácter de esta escuela, como el de todas las fascistas—me asegura—estaba ya señalado en las declaraciones hechas por Mussolini en 1929 a raíz de los acuerdos de Letrán:

«Decir que la instrucción de los niños pertenece a la familia, significa perder de vista la realidad contemporánea. La familia moderna, fuertemente solicitada por las necesidades económicas, está entregada a diario a la batalla por la vida, y, por consiguiente, no sabría instruir. Solamente el Estado, que dispone de todos los recursos, puede encargarse de esta tarea.»

Desde que se sintió firme sobre la tierra de la Regencia—y esto fué desde los primeros pasos—, las actividades del fascismo se dirigieron hacia la juventud. Los regímenes de dictadura tienen, respecto a la «carne fresca», la solicitud del ogro.

Antes de las convenciones de 1896, funcionaban allí 23 escuelas italianas; 21 oficiales y dos particulares, que instruían un total de 3.200 alumnos. Según el convenio, Italia no podía, en adelante, bajo ningún pretexto, crear otras.

SIEMPRE LA HABILIDAD ITALIANA

Para la habilidad italiana fué un juego salvar esa dificultad.

Se conservó el número de escuelas: no pasaron de 23. Pero esas 23 escuelas se fueron transformando, ampliando, ensanchándose. Se creaban anexos, se les añadían edificios, iban desdoblándose. Y tanto y tan bien se desdoblaron, que en 1914 albergaban 8.000 alumnos.

Y no crecían solamente en anchura y altura: encontraban también los medios de multiplicarse. En 1915 se autorizó la apertura de una guardería—La Fortunata Morana—para niños cuyos padres fueron muertos en la guerra. Después se amplió y transformó, convirtiéndose en una escuela más. Lo mismo ocurrió con el «Orfelinato Príncipe de Piamonte».

Como por casualidad, se vió surgir, poco después, los «asili infantili»; las guarderías donde se recogía a los niños de tres a cinco años. Pero en todos ellos se instalaba, cerca de las cunas, la escuela fascista.

Se recurrió a la presión sobre las familias y no se escatimaron tampoco, sacrificios para aumentar los efectivos: la cantina escolar, que permitía al alumno pobre comer por tres francos al mes; el confortable automóvil que iba a buscar y devolvía a casa al niño, aunque los alumnos y maestros italianos gozan en los transportes de las mismas tarifas reducidas

que los franceses; la entrega, a los más necesitados, de trajes, zapatos, golosinas y juguetes—en cada paquete iba un retrato de Mussolini—; la visita periódica a la familia.

El Gobierno de Roma no descuidaba nada para «seducir» a los alumnos y atraerlos a su órbita, y el resultado de esta labor lo indica la cantidad de alumnos que frecuentan las escuelas. Los italianos instruyen a 12 mil alumnos; los franceses, a 10.000.

UNIDADES FASCISTAS

¿Instruir hemos dicho? Bien, sí; en las escuelas italianas se instruyen con vistas al fascismo. Franqueada la puerta de la escuela, el niño, por pequeño que sea, no se pertenece, como tampoco pertenece a sus padres: se ha convertido en cuerpo y alma, en una unidad del ejército fascista.

¿Las clases? No se trata de clases en el sentido que nosotros lo entendemos. La clase que tiene valor es la formación extraescolar, en la cual el joven recluta será incorporado. Según su edad será destinado a una u otra de las organizaciones que componen la «O. G. I. E.» «Organizzazioni Giovanili Italiane all'Estero» (organizaciones juveniles italianas en el extranjero.)

LAS MILICIAS INFANTILES FASCISTAS

Las O. G. I. E. cuyo secretario es Salvatore Randazzese, capitán de la milicia, se dividen en cuatro categorías:

Antecedente Leva, Leva, Dopo Leva y Fuosi Leva.

Son «Antecedente Leva» los niños de seis a ocho años que, desde su nacimiento, están inscriptos en los «Figli della Lupa» (Hijos de la Loba). Pasados los ocho años y hasta los catorce, se convierten en «Balillas», divididos a su vez en «Moschettieri» y «Marinetti». A los catorce años pasan a los «Avanguardisti», que comprende una formación denominada «Arditi». Se los incorpora a los dieciséis años a los «Giovani Fascisti», hasta la edad de la «Leva» (Consejo de Revisión).

Al igual que los muchachos, las chicas son inscriptas en Antecedentes Leva, Dopo Leva y Fuori Leva. Ellas son sucesivamente: «Hijas de Loba», Pequeñas italianas, Jóvenes italianas y Mujeres italianas.

De los dieciocho a veintidós años, estudiantes y estudiantas son inscriptos en la G. U. F. (Juventudes Universitarias Fascistas). La inscripción no indica el acceso a la Universidad. No hay más estudios superiores que los fascistas.

¡QUE NO SE CONFUNDA LA ESCUELA FASCISTA CON LA FRANCESA!

Que no se confundan ambas escuelas. Para evitarlo, la italiana cuenta con su uniforme que le da prestigio.

Los «balillas», tocados con gorra blanca, el jersey negro sobre el pantalón blanco; las pequeñas italianas, la blusa blanca, corbata negra sobre falda negra, las medias blancas y la gorra negra. Y también la enseñanza es distinta.

¿Cómo puede compararse la escuela francesa, establecimiento absurdo, completamente neutral, en el que en todo y por todo, se preocupan de la instrucción, con la otra? ¿Para qué sirve este método de enseñanza que consiste en infundir conocimientos, en ejercitar la inteligencia del niño, en fortificar su juicio, en enriquecer y desarrollar su imaginación?

Es preferible la otra, donde los maestros son cuidadosos y severamente escogidos entre los fascistas; vigi-

lados implacablemente en los actos de su vida privada, en todos los instantes de su actividad, cayendo en desgracia cuando su celo, medido en el termómetro del consulado, no indica un aumento en el número de reclutas; obligados a un trabajo extra-pedagógico, de exploración de las familias, de propaganda política, en suma: profesor de fascismo y maestro de ocasión.

LA INSTRUCCION DE LAS TROPAS INFANTILES

¿La instrucción de las jóvenes tropas? Por la mañana, desde su llegada, se lleva la bandera al techo de la tienda, se iza en el centro del patio. Saludo a la romana; movimientos de conjunto, calcados de los ejercicios militares; himnos marciales, gimnasia intensiva, entrenamiento de perfecto fascista. Se da todo sentimiento nacional, la asimilación de la persona en provecho del Estado fascista. Por su importancia, no dejemos de señalar lo siguiente: la enseñanza del árabe es obligatoria en las escuelas italianas. Hábil modo de asegurar más tarde la influencia fascista sobre el musulmán.

El sábado por la tarde y los domingos, los niños italianos de Túnez son llevados al Estadio Smadja, capaz de contener 5.000 espectadores sentados. Gimnasia, ejercicios deportivos, preparación militar, arengas.

Para impresionar a los de fuera (italianos, musulmanes, franceses), no hay que decir que las ocasiones para que salga la juventud fascista se multiplican. El desfile del «Orfelinato Príncipe de Piamonte», en que 5.000 niños de uniforme marcharon, tres por tres, hacia Ariana (a más de cinco kilómetros de Túnez) es recordado por todos.

¿Y las escuelas fascistas de Hamman-Lif, en donde reside el bey? ¿Y la salida de la O. G. I. E. para la ceremonia a los puertos de la guerra? ¿Y la celebración de la Epifanía fascista? ¿Y la exhibición de la «Fortunata Morana»? ¿Y el carrousel organizado por la entrada de Italia en la guerra? ¿Y la distribución pública de millares y millares de paquetes por el consúl? ¿Y la representación en el Teatro Municipal, de una ópera de propaganda fascista? ¿Y esas misas al aire libre, seguidas de lectura de mensajes de Mussolini? ¿Y esas jóvenes voces llenando el espacio de aclamaciones sabiamente orquestadas: «Duce, Duce, Duce»?

El calendario fascista es allí una perpetua fiesta, que, sirviéndose del territorio de la Regencia, toma por protagonistas a los niños; por tema, la belleza del régimen; por escenógrafos, los servidores de Roma; y por público, esa buena gente francesa y tunecina.

BAÑOS DE FASCISMO

En 1928, se lanzó la idea de ofrecer a los pequeños italianos de Túnez una estancia de cinco a seis semanas en Italia. Los ingenuos creían que la intención era ofrecer un cambio de aires y una distracción saludable a los que no tienen medios de ir de vacaciones. Candidez: aquí las colonias escolares no tienen otro objeto que el político. ¿Baños de mar, baños de aire puro? Ni lo uno ni lo otro: baños de fascismo. Viaje gratuito, permanencia gratuita; sin embargo, los padres de los jóvenes elegidos deben entregarles un equipo y pagar el seguro; de esta forma se elimina a los hijos de los pobres y a los sin trabajo.

Los viajes dan motivo a suntuosas demostraciones. Notabilidades, estandartes, discursos, arengas. A la llegada a la madre patria, alcaldes y

Las «operaciones de policía» continúan en el África oriental Desde el primero de enero de 1935 hasta el día de hoy, 4,241 oficiales italianos han muerto en Abisinia

Roma.—Acaba de publicarse el comunicado oficial dando cuenta del número de oficiales caídos en el África Oriental en el trimestre del 1 de diciembre de 1927, al 28 de febrero de 1938, durante las operaciones de policía que continúan realizándose. Eufemismo que trata de ocultar la resistencia armada de los abisinios, la guerra de guerrillas que sostienen en defensa de su territorio invadido.

Según dicho comunicado, las bajas de oficiales, son: Caídos en el mes de diciembre: Durante el desarrollo de reconocimientos y operaciones de policía, 28; a consecuencia de heridas y enfermedades, 39; total, 68. En el mes de enero: caídos en operaciones de reconocimiento y policía, 7; por causas varias, 37; total, 44. En el mes de febrero: caídos en operaciones de reconocimiento y policía, 5; a consecuencia de heridas recibidas en aquéllos, 2; por causas varias, 18; total, 25.

Según la lista nominativa, en la región montañosa de los «Amara», cayeron 28 oficiales. El total de las pérdidas de oficiales desde 1 de enero de 1935 hasta final de febrero de 1938, ha sido de 4.241.

El comunicado no habla para nada de las bajas sufridas por los soldados.

Tres años bajo el régimen de Hitler Un folleto antinacionalista

En el Sarre pasa de mano en mano un folleto en el cual se hace un examen de los tres años de régimen nacionalsocialista en dicho territorio. Se recuerda lo que los «nazis», especialmente el gobernador Bürckel, prometieron al Sarre antes del plebiscito. En vez de cumplir aquellas promesas, el nacionalsocialismo privó de libertad al pueblo, prohibió las asociaciones confesionales y estableció campos de concentración.

Más de veinte sacerdotes y muchos afiliados al partido del centro han sufrido, durante estos tres años de soberanía de Hitler, los horrores de la Gestapo.

Con los mineros se ha extremado el rigor: 29 de ellos han sido condenados a penas que ascienden en total a sesenta y dos años y medio de presidio y veintuno se hallan en un campo de concentración.

No menos de dieciséis mujeres están encarceladas; la mayoría de ellas son madres de varios hijos. En el folleto se cita también el nombre del bravo luchador de la libertad, Adam Lohr, que fué muerto en el campo de concentración de Lichterfeld.

prefectos, jefes de milicias, dirigentes de organizaciones, van a dar la bienvenida a los hijos recuperados: se los hace desfilar, se los exhibe, se los exhorta, se los agobia; visitan las grandes ciudades vecinas. Después se los distribuye en los campos preparados a este fin, verdaderos campos militares, pero provistos de alguna comodidad. Vestidos de uniforme y dotados de armas, el elemento masculino es dividido en legiones, cohortes y manípulos. Y hará auténticamente su aprendizaje de soldado: se levantará al toque de cañón, contestará al llamamiento de corneta, pasará la mayor parte de su tiempo aprendiendo el manejo de la carabina y la ametralladora (y no ametralladoras de juguete); comerá el rancho, probará, en una palabra, todas las alegrías del soldado en el cuartel.

Es fácil imaginarse el efecto que produce en los jóvenes cerebros ver que importantes personajes se dirigen allí, especialmente para pasarles revista: Parini, el director de los italianos en el extranjero; Italo Balbo, el rey, la princesa de Piamonte... ¡Asombrados! ¡El duce en persona! ¡Y qué orgullo puede extenderse en sus almas cuando el Secretario general del Partido Fascista les recomienda:

—«A vuestro regreso, mirad alrededor vuestro, y si veis una obra

Gran número de campesinos han sido condenados a diversas penas de reclusión y al pago de fuertes multas por su supuestos actos de sabotaje contra el plan cuatrienal.

Este es el triste y doloroso balance de tres años de nacionalsocialismo. Todas estas pobres víctimas con sus familias suman varios cientos de ciudadanos.

Todas las capas sociales de esta región han sufrido el rigor del régimen. El sufrimiento común les une ahora, para vencer en la lucha que han entablado a fin de recuperar sus libertades perdidas. Los mineros son los que dan el mayor ejemplo de unidad; los católicos y los protestantes están protegidos, en su lucha por la libertad de religión, por socialistas y comunistas, como hace poco se demostró en Frankenthal y otros muchos lugares.

En un verdadero Frente Popular se unen, en el Sarre, todos aquellos que luchan por una existencia mejor, por la paz, por la libertad y por la caída del nacionalsocialismo.

(Deutsche Volkszeitung, 13 de marzo de 1938.)

hermosa y grande, buscad, más allá de la forma exterior, y encontraréis la faz y el genio de Roma y de Italia.»

De 300 que iban en 1928, van ahora, cada año, más de 3.000 a hacer bajo el cielo de la Península, su cura de militarismo y sus clases de odio. Al regreso, ¡qué emulación, qué relatos! Y entre los parientes, ¡cuánta embriaguez! ¡Vaya, pequeños, haced resonar todos los ecos de Túnez! ¡Vaya, pequeños, elevad vuestras voces angelicales, cantad vuestros más hermosos sueños:

Con la barba de los franceses
Haremos cepillo,
Para dar brillo a los zapatos
De Benito Mussolini!
Con la nariz de los franceses,
Haremos salchichas,
Para servir entremeses
A Benito Mussolini!
Nosotros iremos, por mar
Y también por tierra,
A conquistar Córcega
Y todo Túnez.
Cuando vayamos a Túnez,
No nos pongáis mala cara
Si no, iremos a París
Para comer allí los macarrones.
¡Eia, Eia, Eia!
Para el fascio ¡alalá!
Al que no nos respete,
Lo asesinaremos. ¡Eia!